

VENTA

Mano de 25 ejemplares. 0,75  
Número atrasado. . . . 0,10

Número suelto  
**5 CENTIMOS**

No se admiten vueltas.

# EL CENSOR

PERIÓDICO RADICAL  
SE PUBLICA LOS DOMINGOS  
OFICINAS: SERRANO, 112, 2.º DERECHA  
Director único: FRANCISCO CANTERO

SUSCRIPCIONES

Madrid. . . UNA pesetatrimestre  
Provincias. TRES id. semestre.  
Extranjero. DIEZ francos año.

Anuncios y comunicados  
á precios convencionales

No se devuelven originales.

ADVERTENCIA

Todas las personas que reciban EL CENSOR y no nos avisen en contrario, serán conceptuadas como suscriptores para los efectos administrativos del periódico.

Delirio de grandezas.

Si has tenido ocasión, ¡oh lector!—que si la habrás tenido—, de cultivar el amable trato de alguna de las muchas damas que, según ellas, han venido á menos, seguramente te habrás dolido, á fuer de piadoso, de la existencia de ese pasado de esplendores que así contribuye á hacer más angustiosa para las interesadas la miseria de lo presente. Nada es amargo como el bien perdido. El recuerdo en el infortunio de las muertas dichas es el mayor de los dolores, al decir del vate florentino. Y si á esto se agrega la situación de inferioridad en que suelen encontrarse para luchar con las acerbidades de la suerte los que gozaron de sus halagos, seguramente has de afirmar, aunque parezca paradoja, que más le vale al que ha de ser desventurado nunca haber sido venturoso.

No lo entienden así los sistemáticos enaltecedores de nuestras glorias marchitas, los cuales, al hablar en nombre de la patria, apenas se percatan de que colocan á la madre España en la situación, ciertamente interesante, pero un poco cursi, de cualquier viuda de intendente. Encamionando nuestras pasadas grandezas, sin duda creen ensalzar los prestigios nacionales. Y no les resulta el argumento. Mientras la imagen del pasado no borre la de lo presente, cuanto más alta se vea la cima que alcanzamos, más hondo y negro parecerá el abismo en que hemos caído. La consideración de lo grandes que fuimos aumenta la tristeza de lo pequeños que somos. Para glorificar á nuestros mayores tenemos que deprimirnos. A tenor de la clasificación cervantesca, pertenecemos á esas extirpes que acaban, como las pirámides, en punta. Cuando tanto nos ufamamos con nuestra vieja herencia de laureles, ¿qué podríamos contestar al extranjero si nos preguntara maliciosamente lo que hemos hecho de ellos?

Quien considere todo lo que aquellas desvanecidas pompas han dejado en nuestro carácter de arrogancia vana y presuntuosa, de espíritu imprevisor y aventurero, de supersticiosa devoción á cosas y á ideales difuntos, de insuperable resistencia á toda innovación progresiva, de ineptitud para la ciencia y de repugnancia invencible hacia el trabajo, de incapacidad radical para adaptarnos á las mudanzas de los tiempos y tomar parte activa en la obra de la civilización, más ha de sentirse inclinado á deplorar esas grandezas preteritas que no á jactarse de ellas. Una modesta historia de honrada medianía y obscura laboriosidad, habría sido tanto más provechosa para nuestro presente y nuestro porvenir que no el legado heroico de esos blasones que no podemos llevar áuestas.

¿Qué hacerle? No se rectifica el pasado. No hay forma de lograr que deje de ser lo que ha sido. La propia omnipotencia fracasaría en tal empeño, según la opinión más ortodoxa. Demandaba, sí, la prudencia reobrar contra el desvanecimiento retrospectivo á que se hallan sujetos los pueblos y los individuos que han caído de grandes alturas. Había que enterrar con muchísimo respeto á los difuntos. Había que impedir que fuese el pasado tormento y obstáculo para el presente. Se hizo lo contrario. Se excitó en el pueblo el vano orgullo de los averiguados pergamínos. Se exaltó lo viejo á expensas de lo nuevo. Se falsificó la historia para trocarla en epopeya. Se predicó, con el amor de lo muerto, el odio de lo vivo. Un patriotismo arqueológico, lastimado por las miserias actuales, buscó su consuelo en las tumbas. Con las viejas añoranzas de la majestad perdida, renovóse en las almas el culto de las instituciones preteritas. Y España siguió su camino, de tropiezo en tropiezo y de tumbos en tumbos, como aquel que, obligado á marchar hacia adelante, se obstina á mirar hacia atrás.

La realidad, como siempre, tomó cruel venganza de los desdenes de la ilusión. Ante la dura lección de los hechos, los más impetuosos visionarios parecieron por un momento convertidos á la santa religión del sentido común. El desastre cayó como una ducha sobre los sonadores de la patriotería clásica. Se oyó la voz de la razón. Si España había de vivir, imponíase una rectificación completa en las ideas, en las costumbres, hasta en la propia psicología nacional. Fuerza era dar al pasado un adiós definitivo, vivir la vida de su tiempo; reconciliarse con la civilización. La modestia debía sustituir á la jactancia, la previsión á la aventura, el trabajo á la ociosidad, el ahorro á la disipación, la ciencia á la fe, el derecho al arbitrio, los hechos á los sueños. Así nos lo enseñaba

la experiencia, maestra implacable de verdad, al herirnos con su ruda férula.

¡Ardua cruzada de la razón en su lucha con los instintos! La fantasía, contenida, tascó impaciente por breve tiempo el freno de la realidad. Pasó la impresión, único móvil del obrar en una raza que no acierta á regirse por ideas, sino por pasiones y sueños. El alma nacional tornó á su sonambulismo nativo con la propia ineludible fatalidad con que el cuerpo elástico, libre de extraña presión, recobra al punto su forma y dimensión positivas. Buena prueba de ello ha sido el Centenario. Toda la intelectualidad española se ha entregado con vehemente ardor á la devoción de D. Quijote. Al amparo del Quijote hidalgo, generoso, desinteresado, altruista, casto, sobrio, abnegado y valiente, de nuevo se ha insinuado en los espíritus el culto del Quijote loco, visionario, extravagante, temerario, obcecado y violento. Es nuestra debilidad. Es el amor de nuestros amores. Adorar á Dulcinea, acometer á molinos, tomar á los rebaños por ejércitos y á los mesones por castillos y por velmos á las vacías y por damas á las Maritornes y por doncellas á las mozas del partido, parece ser nuestro destino.

Y otra vez anda suelta, campando por sus respetos, la loca de la casa. ¿Quién ha dicho que necesitamos recogerlos, corregirlos, enmendar nuestros yerros, hacer penitencia por nuestras locuras, tomar de nuevo posesión de nosotros mismos, estudiando, aprendiendo, trabajando, serios, sinceros, arrepentidos, humildes, operando vuestra redención mediante una labor prolija y una existencia digna y austera? ¿Quién ha dicho que la patria es una grande enferma que ha menester reconfortantes de cultura, tisana de libertad y revulsivos de justicia? España está más fuerte que nunca. Su regeneración se ha alcanzado por milagro. Su prestigio entre las naciones se ha restaurado, de la noche á la mañana, por el arte de biribirique. Las grandes potencias se disputan nuestra alianza ó imploran nuestra ayuda. Fuera menguada flaqueza desaprovechar la ocasión. El Cid rompe las cerraduras de su sepulcro y requiere las riendas de Babieca. D. Quijote remienda la rota celada, ganoso de terciar en la contienda entre Alifanfarrón de la Trapobana y Pentapolin el del arre-mangado brazo. Ya pueden las damas caritativas ir preparando las bizmas y emplastos, los apósitos y vendajes que habrá menester el buen hidalgo cuando vuelva de su aventura triste, mohino, derrengado, molido, apesadumbrado y maltrecho.

No soy bastante perito para saber en qué casos es curable la vesanía. El hidalgo manchego no se recobró de la suya sino á las puertas del sepulcro. Acaso España se halle destinada á sufrir una suerte idéntica á la que cupo al desdichado caballero, la más genuina y auténtica representación de nuestro genio nacional.

ALFREDO CALDERON.

Los «congrios» y demás «peces» que intentan pasar por redactores de EL CENSOR, deben ser tratados como «descuideros» periodísticos.

Telefonemas urgentes

PARA CONCEJAL CAO

¿Cuánto vale comisión de retratos últimos alcaldes?  
Es usted un vivo.

PARA POLICÍA

¿Levantóse salto de Cava baja? Sigue saltando?  
Próximo número hablaremos estas y otras cosas en información Hampa y policía.

PARA GOBERNADOR

Revendedores billetes espectáculos han olvidado órdenes señor Alba. Convendría recordarlas dichas disposiciones.

¡QUE LO PROCESEN!

UN INFANTICIDIO

Julita Fons, ha corrido grave riesgo de ser asesinada por el médico D. Ruperto Sánchez.

El doctor Ruperto, ayudante del palacio doctor Gutiérrez, asistió á Julita en su alumbramiento, y tanta ciencia demostró en el ejercicio de su impune profesión, que el hijo de la aplaudida tiple fué materialmente magullado por el forceps, que en mano de D. Ruperto Sánchez, más parecía instrumento de tortura, que aparato científico.

Muerto el hijo, la madre ha estado en inminente peligro de seguir la suerte del nonato infante. Julita ha sido víctima de horri-

bles desgarraduras que manos expertas se han encargado después de suturar.

El bueno de D. Ruperto, fiándose del diagnóstico del doctor Gutiérrez, creyó de buena fe en un alumbramiento de vértice, y al notar dificultades, en el momento sublime, tiró y retiró del feto hasta que la criatura, la placenta, la vagina y el peritoneo, vieron la luz, convertidos en masa informe y sanguinolenta.

¡Inútil describir los horrible dolores de la parturienta.

Técnicos en la materia relatan el parto de Julia Fons, como uno de los crímenes científicos, donde debe intervenir el Juzgado de guardia.

Julita, asistida por otro médico, ha entrado en franca convalecencia.

El doctor Ruperto seguirá tan fresco, practicando su ayudancia con el sapientísimo doctor Gutiérrez.

Las señoras en cinta, no deben olvidar el nombre del infanticida galeno.

EL CENSOR circula más que algunos rotativos madrileños.

EL TRUENO

Saliendo de las gargantas de los montes, de ira lleno gritó al relámpago el trueno: ¿Por qué siempre te adelantas? ¿Por qué la tiniebla espantas con tan rudo frenesí? ¿Qué privilegio hay en tí? ¿Por qué ley de injusta guerra has de llegar á la tierra siempre delante de mí?

Los hombres sobrecojidos, cuando mi voz se desata, desdeñan tu luz ingrata, y tiemblan de mis rugidos. Yo avasallo los sentidos al llenar la inmensidad; de tu inútil claridad los mortales no hacen caso; debes, pues, cederme el paso, porque soy la tempestad. «Ve detrás, responde seco el relámpago irascible; yo soy la chispa terrible, tú el ruido sonoro y hueco. Yo soy el rayo, tú el eco. En tí se fija la idea, porque la humana ralea, que siempre el error fascina, desprecia lo que ilumina y admira lo que vocea.»

C. S. B.

Cuadros vivos.

El banquete.

Aunque los numerosos que se celebran en Madrid tienen distintas finalidades y los producen hechos diversos, en la mayoría de los casos el verdadero objetivo de la comilona es político. Claro es que hay sus excepciones; pero lo general es que la política de estómago, única que se cultiva en España, de origen á casi todos los banquetes. Conforme el mitin es exclusivamente cómico, el banquete pertenece al género cómico-lírico-bailable, casi al bufo. La manera de organizar estos actos es sencilla: dos amigos del obsequiado, por indicación de éste, lanzan la noticia en la Prensa. Si el anfitrión tiene cargo oficial, se obliga á subalternos y administrados. Si no cuenta con estos medios, regala cincuenta tarjetas, y ya se encargarán los periódicos de afirmar que los comensales fueron quinientos. La noticia, ya estereotipada, dice así:

«Banquete monstruo popular.

Los numerosos amigos é incalculables electores de D. Caifás Ladrón de Guevara, popularísimo teniente de alcalde del distrito del Matute, han organizado un banquete monstruo popular (segundo golpe al monstruo) en honor de tan esclarecido patriota. Las tarjetas (ya quedan pocas) al precio de cinco pesetas, se expenden en todos los establecimientos del distrito que administra y regenta tan probo edil. El acto, que promete ser una manifestación

de simpatía á Don Caifás, se celebrará mañana, á la una de la tarde, en la Bombilla, restaurant de «La Fornarina».

El futuro banqueteador, concejal recién elegido, era liberal monárquico, cajero de dos congregaciones, con uso de escapulario y abuso de fondos, abonado á Romea, suscriptor de El Día, periódico de la noche, y dueño de una casa de préstamos del callejón de Gitanos.

Falta media hora para la celebración del homenaje banquetil á Don Caifás. El amplio salón de La Fornarina, decorado ad hoc, está ocupado totalmente por tres mesas en forma de herradura. Los camareros, correctamente vestidos de negro, con los desechos de una empresa de pompas fúnebres, dan los últimos toques al decorado de las mesas. Nada falta. Ramos, cubiertos, fruteros, querasas, etc., etc.

El menú, compuesto de platos con apodo, es el acostumbrado en estas solemnidades. Tortilla de hierbas silvestres, sin huevos. Ternera de las que rebuznan, con guisantes. Pollo ó gallo de los que Noé salvó del diluvio. Frutas y quesos del Laboratorio municipal.

Entremeses: Tapas de calzado, con clavos y pimienta, reciben el nombre de salchichón, y balas explosivas Dum-Dum, son llamadas aceitunas.

Vinos: De la tierra, marca Losoya, ó Valdepeñas con campeche y otros estimulantes. Café de achicoria recocida, algunas veces, y cólico miserere, siempre.

En los banquetes de fuste, sirven betún de fontanero (helado) y champagne catalanista (Codorniu). Los cigarrillos los regala el obsequiado. Se usan habanos de Orán. El servicio en los banquetes es pésimo. La avaricia de fondistas y cafeteros, el saqueo de los honrados comensales, y las ganancias obligadas de la comisión organizadora, son las causas de que la comida sea de mala calidad y peor condimentación.

Yo, cuando banqueteo, como ó cenó antes de salir de mi casa. En los banquetes, mi menú sólo tiene tres platos: beber poco; fumar mucho y reir muchísimo. ¡Va cada ganso!

Empieza el acto.

Ya llegan los comensales. El anfitrión, de levita cumplida y chistera antidiáloviana, luce la medalla y la cincha concejiles. Le escotan varios admiradores de la clase de capataces.

El dueño de La Fornarina hace zalemas y corre ridículamente, dando órdenes que hace una hora se ejecutaron. Un intenso olor invade el local; llegan agrupados, formando cuerpo, los empleados de alcantarillas, comisión que preside Don Caifás.

El clero municipal está dignamente representado. Tres capellanes de cementerios se adhieren á la fiesta. Después, las tabernas, tahonas, posadas, tiendas de ultramarinos y demás industrias del distrito del Matute, van vomitando representaciones.

Varios guardias urbanos y una sección de barrenderos, al mando de un inspector chiquitín y pedante, con plumas de cacatúa en el sombrero, ofrecen su servilismo al prestamista-concejal.

Como nota conmovedora y altamente instructiva, llegan varios asilados vestidos con trajes de San Juanito. Los «santos» conducen tientos corderillos que ofrecen al teniente de alcalde. ¡Casi una parábola!

Y llega el gremio de usureros, confundidos con sus alumnos y cómplices; los dependientes.

Al frente, uno, el más bonito de los Virgílianos, va disfrazado de Mercurio (dios de ladrones y comerciantes). Cruza su pecho un portaestandarte de colores nacionales (son patriotas). Entre las manos, y elevándolo sobre las cabezas guillotinales de los agremiados, el estandarte ó pendón de los prestamistas ó compraventa mercantil, como quiera Doval. Dicho pendón, obra de riqueza y mál gusto, es de raso amarillo (color de la avaricia); en su fondo (negro) destácase una matrona abrazada á una bolsa, en la apoteosis de la desconfianza.

Aquella señora hubiera podido pasar por el falso apóstol que vendió á Jesús, sin menoscabo para Judas. A los pies de este, un lema profundamente filosófico:

¡El trabajo purifica!  
¡Las economías conciben!  
¡Trabajo y economía!

¡Inútil reseñar el efecto de la cabalgata. Algunas sillas rodaron, y algunos cubiertos y botellas desaparecieron de la mesa para no volver á parecer.

¡Distracciones del entusiasmo!  
Con la venia del presidente, el maître d'hotel dispara tres palmadas.

Un ejército portugués de camareros empieza el reparto de la tortilla. La banda municipal—invitada á ver comer—deja oír las primeras notas del toque de banderillas, pedido por el capellan del cementerio de San Rosendo.

Don Caifás solicita las guajiras del Mochuelo, y el jefe de alcantarillas exige la

Farruca, que bailan ya en los postres, varios hijos de Galicia, dirigidos por el indispensable señor Sierra, que pronto aparecerá en escena.

Brindis y discursos.

—¡A brindar!—gritan los más oradores. —¡Que hable Don Caifás!—dicen sus dependientes.

El obsequiado, que no habla ni á sus víctimas, dice que no es hombre de palabras (ya lo sabemos); que su fuerte son las acciones (malas), y que el señor Sierra, su compañero de Concejo, que tiene pedida la palabra (como siempre), dará las gracias á la concurrencia.

Ovación al orador y ¡venga vino! El tal Sierra, galleguito aprovechado, que llegará—¡vaya si llegará!—es el aludido por el anfitrión.

—Señores, queridos amigos—dice Sierra—ante todo, un aplauso unánime y entusiástico para la Prensa, esa poderosa columna, principal sostén de la libertad y del progreso.

Los periodistas que se han comido la recíproca que busca el socio, sonrían meliflucamente y no toman notas.

Uno, conocidísimo por sus revistas en verso y por sus libaciones en prosa, lanza un sonoro ¡guau! Esto contraria al charlatan, que, elevando el diapason, grita con voz de falsete.

—Yo, en nombre de Don Caifás Ladrón de Guevara, de ilustre abuelo aristocrático, vengo aquí...

Un estornudo inesperado del orador, que pierde los lentes, cortó tan hermosa peroración. Limpíase el bigote con una servilleta, y continúa: —Vengo aquí—decía antes—á dos cosas. A desafiar á los impostores, á los que difaman en la sombra al más justo, al más honrado de los que enriquecen al país, ejerciendo la honrada profesión de Don Caifás. (Aplausos.)

Si, señores comensales; vengo también á dar las más sentidas gracias en nombre de mi más querido amigo. Honrando á mi amigo, me honráis á mí, y yo agradezco, os digo: muchas gracias.

—Nos merecen—interrumpió un barrendero.

—Afirmen los envidiosos, que nuestro amigo—porque de todos lo es—ejerce la usura. ¡Falso y mil veces falso! Pertenece al honrado gremio de compra venta mercantil. (Los prestamistas aplauden como locos.) El periodista de marras lanza un doble ¡guau!

—Además—sigue Sierra,—aunque lo fuera ¿qué digo yo. San Dimas y Gálvez Holguín son dos figuras que sirven de argumento á mi modesto discurso. Uno está en el cielo; el otro ha estado en el Congreso. Señores, para terminar: un recuerdo para la poética Galicia, para ese hermoso pensil que me vio nacer al atardecer de una tarde estival, impregnada por las salustiferas sales yodadas de aquellas costas, do se canta la Alborada, se recitan los aires d'a miña terra y se baila la muñeira.

¡Viva Galicia! ¡Viva D. Caifás! El periodista poeta ladra estrepitosa y continuamente. La concurrencia desfila alegre y satisfecha. La música preludia el vals de Los granujas.

Y así es un banquete, queridos lectores. FRANCISCO CANTERO

Los cuadros vivos.

En el próximo número publicaremos Los Lynchadores, cuadro inquisitorial de arroyo.

ORGULLO PÓSTUMO.

¿OTRA VEZ FRANCO?

La carta que ha recibido Magalhães Lima en París, de la que se infiere que Juan Franco fraguaba un golpe de mano que le devolviera sus fueros de dictador en Portugal, ¿es una calumnia para acabar de hundir al privado de D. Carlos ó es una verdad? Las dos conjeturas pueden abrirse paso holgadamente al través de nuestra credulidad. El sentimiento de patria y tal vez el interés de partido, alarmado por la perspectiva, lejana, pero no insegura, de que la versatilidad de la opinión pudiera restituir lo perdido al dictador, pueden prevenir sin sorpresa de nadie contra aquella contingencia, difamando á Juan Franco.

Lo menos que es lícito hacer con ese hombre es ponerle en la cuenta de sus flaquezas una ambición más. Pero ¿y si fuera cierto que el caído no desespera de redimirse y de usurpar nuevamente su categoría de dictador?

Acepto esta última conjetura como muy verosímil. Juan Franco, herido, vejado, la-

“El chico de Liriacó,”

Ciriaco Sacristán, el hijo del popular Rey de los Cascaholes, ha trocado la tralla por la roja muleta de los matorrales. Después de un viaje por América, donde ha debutado con éxito, tiene firmados varios contratos para trabajar en poblaciones de relativa importancia. Si, nuestros deseos se cumplen: El chico de Ciriaco será un nuevo espadá madrileño a quien nuestro pueblo tendrá en breve ocasión de aplaudir en la plaza de la corte. Así lo afirman muchos aficionados.

EL CENSOR no admite recomendaciones ni publica trabajos anónimos. Hay que dar la cara.

Carceleras.

Se nos denuncia la frecuencia con que desaparecen los sellos que se envían a los reclusos de la Cárcel Modelo. Como indicio racional de criminalidad, indicase el siguiente:

Las cartas que contienen sellos de franco llegan siempre a poder de los presos con uno y dos días de retraso.

Ignoramos si el retraso es culpa de los empleados de Correos ó de los del Cuerpo de Penales.

Ovidio Barrabás, el sordo tan amante de la correspondencia abierta, debe averiguar las causas de las pequeñeces que relatamos.

Para eso es ayudante y, aunque sordo, hombre de mucha vista y de mayor tacto. La pérdida de un sentido robustece los restantes: ver, oler, gustar y tocar.

Nadie nos ha escrito interesándose por el tristemente célebre Ovidio. Si algún aprovechado dice lo contrario, miente.

Sirvan estas cuatro líneas de rectificación terminante á ciertos rumores carcelarios.

Eduardo Sojo.

La muerte, piadosa, puso fin á los tormentos que la más terrible de las enfermedades venía infligiendo á este periodista.

Fue Eduardo Sojo un luchador infatigable. Nacido á la vida del periodismo cuando más fuertes eran los estrechamientos de las convulsiones políticas de nuestro país, templó en aquellas luchas su espíritu vigoroso, y adquirió en ellas el valor de la acometividad, como años más tarde le enseñaron á ser escéptico, aunque sin quebrantar sus convicciones, las continuas mudanzas de los hombres públicos en quienes pudiera un día su fe.

Eduardo Sojo, según él con pintoresca frase relatada, «iba para cómicó malo cuando descubrió su vocación de periodista ó caricaturista político».

Hizo su entrada en la «orden» cuando apenas contaba diez y seis años, con una caricatura que en un momento le dió celebridad. Pero liaba en ella el conocido cuadro Los Comenadores de Castilla sobre el cadalso; en vez de Bravo puso á Prim, sustituyó á Padilla por Topete y cambió á Maldonado por Serrano.

Los frailes eran Martos y el padre Claret, y el verdugo el duque de Montpensier.

La caricatura tuvo un éxito enorme. Apenas puesta á la venta, la policía recogió los ejemplares no vendidos; los vendedores cobraron a cinco duros cada uno de los ejemplares que pudieron rescatar de manos de los agentes y Sojo... fué perdonado en consideración á sus pocos años.

El nuevo periodista había hecho poco antes su debut político batándose en las barricadas.

Nuevas caricaturas sucedieron con igual éxito á la primera, y comenzó para Sojo la dulce vida del perseguido por la justicia. Cuando las persecuciones arreciaban, Sojo huía de la Corte; buscaba asilo en alguna compañía de cómicos de la legua y rodaba de pueblo en pueblo, ejecutando todo el repertorio dramático, desde las tragedias calderonianas hasta las comedias de fanteoches, para manejar los cuales tenía extraordinaria habilidad.

Cuando se proclamó el cantón voló á Cartagena con refuerzos y dinero que su habilidad le proporcionó para cooperar á la defensa de la causa.

Hecha la Restauración, volvió Sojo á Madrid, y en La Vina, La Filoxera, La Bromia y tantos otros periódicos satíricos que hicieron célebres sus caricaturas y las intencionadas sátiras de Grandes, con la pluma y con el lápiz, combatió y ridiculizó Sojo lo temporal y lo eterno.

Entonces alcanzó uno de sus mayores éxitos. El de las famosas «Eh! Eh! ¡Alulvas del tubé. Saladísima colección de caricaturas sagastinas que produjo á su autor la fabulosa suma de 10.000 reales».

Las pasiones políticas fueron calmándose poco á poco; la Restauración y sus hombres, afianzándose; la lucha por el Poder adquirió caracteres más benignos, y esta calma política robó ambiente á los periódicos satíricos, que poco á poco fueron muriendo, más por las persecuciones del fiscal de imprenta, por la indiferencia y el desprecio del público, haziendo de pelear y de eso de descanso y orden.

El espíritu inquieto de Sojo no podía avenirse á este ambiente de calma, y buscando que le dió con su cuerpo y sus lápices en Buenos Aires. Revoluciones y conjuras encendieron el campo de la política; el despotismo de Juárez Ceán tenía en constante irritación los ánimos. Solo se hizo pronto cargo de la situación, y á poco de llegar á la capital de la Argentina lanzó á la calle el primer número de su periódico Don Qu Jote, que que había de ser factor importantísimo de la transformación política de la Argentina.

Como le había ocurrido en España, el éxito y las persecuciones acompañaron la obra del periodista dibujante. Dos años estuvo cercada por la policía la casa de Sojo, esperando que éste saliese para prenderle, y dentro de ella, el periodista, dibujando piedras y más piedras, y escribiendo cuartillas sobre cuartillas, que eran otros tantos golpes apestados al poder dictatorial, y hasta entonces juzgado incombustible, de Juárez Ceán.

Comprendió éste que para conservarlo era necesario pactar con aquel atrevido periodista, y le envió como parlamentario á uno de sus ayudantes.

Sojo se hizo el blando. El emisario, animado por la actitud del periodista, atacó decidido. —El presidente puede hacer la fortuna de usted—dijo á Sojo.

en el frasco analizado se encontraron productos de regresión y desdoblamiento (descomposición) de los elementos componentes.

Clasificadas las bacterias y mucedineas que contenía, resultaron:

Table with 2 columns: Bacterias liquidantes, no liquidantes, Mucedineas, Total por centímetro cúbico.

¡Horroriza el pensar qué hubiera sucedido si un enfermo llega á tomar esa pócima!

Si, horroriza, en efecto. Y es hora de que los facultativos y el público eviten la repetición de intoxicaciones semejantes á las del Histogenol Natine, los primeros absteniéndose de prescribir específicos de análisis no comprobado y denunciando á los que con un fin, exclusivamente industrial, juegan con la vida y la salud de sus semejantes, y el segundo no aventurándose á tomar medicamentos de dudosa eficacia.

El caso del Histogenol Natine revela además el desamparo en que la Academia de Medicina y el inspector general de Sanidad dejan á los ciudadanos, permitiendo que se explote la fe de los enfermos con pócimas de la índole de la citada.

Palabras de una poseída.

Estoy acostada en mi lecho de soltera; estoy desnuda y las sábanas finísimas de hilo acarician mis carnes, carnes de rosa en las esbeltas piernas, en los pies de muñeca, en los brazos de niña, y de mármol blanquísimo en los senos turgentes, en los senos amorosos, donde en las mañanas brillantes de primavera, florecen dos capullos de rosa, y el embozo se arrebujó como un abrazo de amor á mi cuello, donde de estrujan en apretado haz mis cabellos negros, largos, abundosos y olorosos. Entre mis manos tengo el libro que he leído durante toda la noche con la ansiedad de un sediento moribundo cuando acerca á sus labios, secos por la fiebre, el cántaro de agua fresca y gustosa.

Yo he devorado ese libro esta noche... Un libro de amor carnal, bestialmente carnal, un libro cuyas páginas parecen destilar aromas de besos y suspiros de pasión, en una noche de silencio y bochorno, de estrellas brillantes, de luna clara, entre las ropas de un cómodo lecho propicio para desflorar placeres y apurar dulzuras...

Ese libro es yo; yo soy ese libro. Todo en mí demanda el placer. Yo, en cada hombre, veo un macho lujurioso, un compañero de orgía; en cada flor veo unos labios húmedos que piden besos de fuego; en el arrullo de un ave, una caricia incitativa; en el rumor de las olas, el eco de una cámara nupcial; en la brisa que pasa moviendo las hojas de los árboles y las hierbas, la respiración jadeante del macho exhausto de gozar; en la luz del sol, la fuente de todo amor; en la sonrisa, en la mirada de todos y de todas, una promesa alegre de dichas, de momentos infinitos de disfrute vital...

Ese libro es la historia brillante de un héroe del amor, no de aquel amor romántico y negativo de los soñadores decadentes y apocados, sino de un amor varonil y bello, de un amor de vida, de un amor verdad, de un amor que no vive en los cálidos de las rosas, arrullado por las aves biblias, sino en las almas amadoras, en los corazones apasionados, en los espíritus valientes que besan y abrazan fuertemente, con toda energía, con franqueza y saben hacer palpitar los cuerpos en los instantes intensos de amor y de placer. Ese libro es la historia de un hombre que ama todas las mujeres; que conoce á fondo el alma femenina y tiene para cada hembra que goza un beso, una caricia, una frase, un placer distinto y siempre grande, hermoso heroico, divino.

Esa es mi vida... Yo también tendría para cada hombre, para cada macho, un beso, una caricia, una frase, un placer; yo amo á todos los hombres, yo les amaría más aún.

Yo he gozado esta noche como nunca; yo he gozado de mí misma con este libro tan intensamente como si estuviera en los brazos del héroe de este libro; yo he gozado esta noche todos los placeres, las alegrías y las dulzuras todas del amor, mientras las gentes con su pudibunda virtud cristiana roncaban como cerdos ahitos de salvado. Yo he gozado así, porque he amado con todo mi ser.

La aurora esplendorosa de un día risueño con cielo de ensueño me ha sorprendido gozando, en un largo espasmo de placer y he cabecado mi cabellera de negra seda reluciente en los primeros rayos del sol, como una coqueta se tambalea en un baño de esencias después de amoroso baccanal...

Después he vuelto á mirar el libro, y al releer el nombre sonoro de su autor, he pensado atarada si el héroe de este poema sería el autor mismo, y entonces he pensado en lo mucho que ese hombre habrá amado y gozado y en lo mucho que habrá hecho amar y gozar, y pensando, y repensando eso y mucho más que yo no puedo transcribir aquí, he sentido algo grande y muy bello hacia ese escritor, y releyendo por última vez su nombre sonoro, le he agradecido esta noche de placeres con una oración loca de sonoros, de fuertes y ardientes besos de amor...

SOFIA DE BERTRÁN Y LEDESMA.

NAKENS.

Se encuentra bastante delicado de salud en esa inquisición moderna que llaman Cárcel Modelo.

Aunque en la última semana tuvo fiebre bastante intensa, hoy está muy mejorado, pero sin esperanza de recobrar la salud y la libertad.

Aunque la Prensa en general ha abogado por el indulto del venerable anciano, la misericordia republicana no ha creído oportuna una campaña que abriera las puertas del encierro á los condenados por exceso de caballerosidad.

Si se hubiera tratado de asunto de bufete ó de suplicatorios contra los diputados, ya sería muy otra la conducta de esos señores.

¡Pero como se trata de Nakens! Que espere ó que se muera. Ahí, donde está, no molesta. Libre, pudiera estorbar. Y como la caridad bien entendida empieza por uno mismo, el ilustre maestro seguirá pernoctando en la Prisión Celular.

¡Y que se dé por contento! El espectro del presidio asoma á diario á la celda del director de El Motín.

Cuanto dice el Sr. Morato es rigurosamente cierto. En el fragor de la campaña contra el famoso juez de Getafe, combatido justamente por todos, desde Nocedal á Lerroux, y con tanta razón que ha sido echado de la judicatura, recibimos una carta de Getafe firmada «Juan José Morato». Podía ser un pseudónimo, ó una identidad no rara de nombres y apellidos. No recordamos á Morato, porque alejado éste de Getafe y extraño á las luchas del caciquismo, era el único que no podía ser, el único de cuantos Moratos hay en España.

Se sospechó de él, por ser conocida su personalidad periodística, y se le llamó á declarar. Contestó la verdad, negativamente, y nos enteró de lo que le ocurría.

«No tenga usted cuidado á molestias—le digamos,—buscaremos el original de la carta que nos mandó el Sr. Morato, y en esa prueba es bastante.»

Y lo hubiese sido de no existir los peritos, gente de ninguna inteligencia, de menos conciencia, y de extraordinaria pedantería, por lo general, claro es, porque hay bastantes excepciones; pero son una calamidad y un peligro.

«En los periódicos por costumbre y por lo difícil de buscarlo, no se envía jamás á los Tribunales el original del artículo que ha sido denunciado. Si enviamos la carta de Getafe, después de mucho buscar, fué porque nos constaba la inocencia de Juan José Morato. Si no, con no llevarla, quedaba á salvo nuestro amigo.»

Comparen la letra de Morato con la del que se ocultó villanamente cuando se enteró de este proceso, compárenlas el ministro de Gracia y Justicia, el señor Maura, cualquier persona... que no se llame perita en caligraña, y el Sr. Morato será indultado.

Su condena era inevitable. Las Salas han procedido en justicia. ¿Qué iban hacer después del estupendo informe del perito de la defensa? Pero hay que corregir el error judicial indultando cuanto antes al Sr. Morato. Hay que reparar esa injusticia y hay que huir de los peritos técnicos como de la peste bubónica.

De los trabajos de colaboración no responde este periódico. Lo hacen sus autores.

Elección de comité.

—Mu güenas tardes, señores.

—Saluz y fraternidaz.

—¿Es aquí donde sufragian los que pedimos moral, cencia, progreso y costumbres una miaja esagerás, que los neos, disolutos apellidan por detrás?

—Pase adrento el ciudadano don Mateo Mamolar.

—¿Anda mi madre! ¡Pifanio!

—¿Qué haces aquí, so morral?

—¡Ay, qué gracia! presidiendo con mucha solemnidad un azto bastante serio del partido federal.

—¿Pero, chico, si hace un año no sabías ni firmar?

—Las papeletas de aforo en la Ciudad Lineal!

—Es que aquello repuznaba mi conciencia, ¡ja verdaz!

—¿Y aquí tienes repuznancia ó sabes ya rubricar?

—Menos chungá, compañero, que no es lo mismo aforar dos gorrinos, mejorando los presentes, que votar varios nombres prestigiosos de abolelog radical, pa dirigir organismos de vida municipal.

—Está bien, y no se ofenda el moderno Castelar; pero yo, comunitativo, patista y bilateral,

no emito votos á ciegas ni á don Paco Pi Margall.

—¿Que en paz descanses se dice.

—A ese no le duele ná.

—Que descanses en paz, he dicho.

—¿Cuidado que eres animal!

—Modere el socio el idioma si no quiere desflar con un ojo empabonao.

—Desde que sabes firmar y presides una mesa de sufragio universal, estás hecho un Don Tancredo subido en su pedestal.

—¡Orden, correligionario!

—¿Que no me quiero callar!

—¿Quién es ese consumidor que ataca mi libertaz?

Un racionario con pincho, un sinvergüenza, un charrán, un unitario cochino.

—¡Ven á la calle. ¡Anda sall!

—No desciendo á mataderos.

—¡Adiós Loubet! ¡Ja, ja, ja!

Si no fuera por principios y reglas de urbanidaz,

aprendidas en la escuela cuando era tierra mi edad, te ponía los hocicos acémicos á trompás;

¡tío indecente, mal patriota, matadero, inracional!

—¡Toma matute, pizmeol!

—Toma aforo, sacristán!

—Salmeroniano, pancista; monárquico, zaratán.

—¡Guardias! ¡Auxilio! ¡Socorro!

¡A ese, á ese, al criminal!

—Me ha destrozao la pupila; ¡pero no ha podido votar!

LOS ESPECÍFICOS

Un medicamento nocivo.

Es de gran utilidad para los médicos—y también para el público en general—ponerles en guardia sobre un específico llamado Histogenol Natine, que recientemente ocasionó una grave intoxicación, de la que se presentó la denuncia consiguiente en el Juzgado de guardia.

A propósito de ese específico leemos en la Revista de Medicina y Cirujía, lo siguiente:

«Mandado analizar el Histogenol Natine, objeto de la reclamación, al Instituto de Suroterapia, Vacunación y Bacteriología de Alfonso XIII, dicho Centro dió su dictamen, diciendo que «no reunía condiciones para el uso á que se destina», una vez que

no no asusta á nadie. La gente lo ha conocido; el pueblo ya sabe á qué atenerse. Sólo en la Cámara algunos diputados de buena fé ríen, quizás sin oír las frases que el excelente revolucionario pronuncia sin llegar á Manolito Gázquez.»

En efecto; este Soriano, un día terrible, va cayendo en la sima del ridículo. Pasados aquellos éxitos que le hicieron popular, el revolucionario D. Rodrigo muestra su oreja de payaso cada vez que con sus agudos de clarinete estropeado destroza los timpanos de los apreciables padres de la patria. Antes, cuando pedía la palabra, temblaba todo el mundo; ahora, cuando intenta hablar, hasta los ujieres se le ríen. Se ríen de él, y no con él.

Toda la legislatura se la pasa amenazando. Luego, como esta vez, desaparece. Estamos en espera de que haga algo, y no hace nada. Es decir: como hacer hace mejor que nadie una cosa sola:

El tonto.

Prisión de Morato.

El notable escritor socialista, Juan José Morato, ha ingresado en la Cárcel.

A continuación copiamos lo que sobre el particular dice nuestro querido colega El País.

Está en la cárcel el notable publicista don Juan José Morato, modelo de cultura, de laboriosidad y de rectitud.

Morato es un obrero que ha sabido elevarse por sí mismo. Es madrileño y uno de los pocos madrileños que aman á su pueblo, como ha de mostrarse en muchos de sus artículos y en obras como la excelente Estadística de la Industria de Madrid. Es un periodista claro, metódico, sincero, ilustrado. Ha escrito, aparte la prensa de su partido, el socialista, en Vida Nueva, Heraldo, El País y gran número de periódicos de provincias, sobre todo de Barcelona, donde se le aprecia mucho.

Y por qué está preso y condenado á pena aflictiva el Sr. Morato? Por un error de los señores peritos calígrafos, la mayoría y más peligrosa calamidad que puede amenazar á un hombre honrado.

He aquí el sencillo relato de la víctima.

Mi prisión.

Hace tres años, un individuo—no sé quién,—ó por ligereza ó por cobardía, envió á El País una carta denunciando abusos ó atropellos ó faltas cometidas en el correccional de Santa Rita, de Carabanchel, y firmó «Juan José Morato».

Un redactor de este periódico recibió la denuncia y la dió á la imprenta y se publicó. Me consta que el Sr. Castrovindo no tuvo intervención en el asunto, y no pudo tenerla por la sencilla razón de que no conoce ni letra.

No rectifiqué, é hice mal. No rectifiqué, primero, porque en la denuncia no había nada penable, y, segundo, por la consideración, pueril tal vez, de que podría creerse que resultamente el escrito era mío y por cobardía me desdecía de él.

Pero el cobardé ó ligero que tomó mi nombre no paró ahí, y al propio tiempo envió una carta injuriosa al juez de Getafe—entonces lo era el Sr. Muñiz, hoy funcionario de Hacienda, creo.

Se me llamó á Getafe, y allí declaró lo que era y es verdad: que no soy el autor de la carta, y que ni aun conozco el correccional de Santa Rita.

Pero después, en Madrid, declaró el Sr. Castrovindo que la carta origen del proceso era de igual letra que el escrito publicado en El País; pero que ni una ni otra había salido de mi mano.

Después, en el Juzgado, se me hizo escribir al dictado, y con esto consideró concluido el asunto.

Mas los peritos calígrafos, Sres. Cordero y Cuéllar, confrontando las letras, encontraron que la carta y lo escrito por mí en las Salesas eran producto adulterado de una misma mano, y se me declaró procesado.

Nombré abogado á un entrañable amigo mío, convencido en absoluto de mi inocencia, tanto por la fe que le mereció mi palabra, cuanto por el examen del escrito, causa del proceso.

Llegó la vista ahora hace un año, y nombré perito «nuestro» al Sr. Lupiani.

Este señor, á quien yo conocía de vista por su cargo en la Biblioteca Nacional, me fué presentado en las Salesas por mi abogado cuando esperábamos que comenzase la vista.

Y, naturalmente, tras los saludos y cortesías, hablamos de mi pleito. Manifesté mi extrañeza de que los peritos declararan de la misma mano letras de manos distintas, y lo atribuí á ligereza, y el Sr. Lupiani me dijo—nos dijo, que éramos tres los interlocutores—que había interés en «reventarme». Y este era el motivo de la declaración pericial.

Mi entendimiento podrá ser, de seguro lo es, muy limitado, pero no enfermo, y aunque en pro le su aserto adujo el Sr. Lupiani el nombre de un personaje, ya difunto, del partido liberal, que buscaba con el daño que á mí me hiciera el modo de mostrar al Heraldo, me atuve á mi opinión.

Y en esto comenzó la vista, que fué breve. Los Sres. Cuéllar y Cordero mantuvieron su informe, y á instancia de mi abogado, ellos y la Sala se avinieron á que escribiera en su presencia por sí había lugar á rectificar.

Escribí al dictado, se encerraron los tres peritos y se suspendió la vista. Reanudada, los dos señores peritos confirmaron su declaración, é interrogado el Sr. Lupiani, se adhirió plenamente, sin distinción ni atenuaciones, á lo dicho por sus colegas.

Y como la prueba me había sido adversa, de nada valió la elocuencia de mi defensor. Fuí condenado, por descauto, á un año, ocho meses y veintidós días de prisión correccional, 150 pesetas de multa, costas, etc.

Fué el asunto al Supremo, que confirmó la sentencia, y héme aquí comenzando á cumplir una pena que no he merecido, pues con ella se castiga en mi persona la ejecución de un hecho que yo no he realizado.

Llevo veinte años escribiendo en defensa de ideas radicales, de ellos cerca de diez en el Heraldo; jamás tropecé con los Tribunales de justicia, ni por mi culpa tropezaré, creo, así escriba durante otros veinte.

Mi manera de entender la propaganda y defensa de mis ideales, quizá mi mismo temperamento, me han llevado á no ultrajar jamás á las personas.

Siempre creí que más que todas las destemplanzas de lenguaje valía la simple exposición de los hechos, y en tal criterio se ha inspirado mi conducta.

Cuantos me hayan otorgado el honor de leer mis escritos saben que esto es verdad, y como remate de esta explicación añadiré un hecho de fácil comprobación, y es que mis escritos jamás tuvieron rectificación esencial ni aun en los casos más concretos y personales.

Lo dije cuando me llamó á Getafe por vez primera, lo repetí en la vista de mi proceso y lo reitero ahora: «Yo no soy quien ha injuriado al juez de Getafe, Sr. Muñiz, sino un cobardé ó un ligero que ha tomado mi nombre y apellido.»

JUAN JOSÉ MORATO.

pidado, fugitivo en un destierro sin grandeza, este nuevo Bshaverus que tuvo el amargo privilegio de llamar sobre sí todas las reprobaciones y todas las iras, es natural que pensase en un desquite. Hoy esa revancha sería imposible, porque el espíritu público ha llegado á tener tal cohesión en Portugal, que le cerraría el paso. En los primeros momentos, cuando aún duraba el estupor que dejó tras sí la tragedia en el pueblo, pudo Juan Franco, no sin algún riesgo, rescatar el poder perdido. La misma audacia del intento le habría ayudado á triunfar. ¿Existió, en efecto, en su ánimo tal designio? Magalhaes Lima lo sostiene. Y como hay que alejar toda suposición de que el dictador procediera por desinteresados estímulos de patria, es menester atribuir su actitud á una rebeldía del orgullo.

Era el hombre y no el político el que se resistía á darse por vencido, y eso, la verdad sea dicha, le honra. En sus horas de introspección dolorosa, cuando la voz de sus rencores se levantase en su conciencia y desfilaran ante sus ojos todos los enemigos, que un tiempo huían de él y hoy le escarnecen sin piedad, es natural que Juan Franco ofreciese al destino su vida entera por un día de dictadura en Portugal.—Mi corona por un caballo—griaba Ricardo III, convulso y desolado, en batalla que nos describe el gran trágico inglés.—¿Por qué no ha de revelarse el desaliento de la derrota en Juan Franco en términos parecidos?—¿Mi vida entera por una hora de dominio pleno!—habrá dicho á solas el dictador.—Y á la luz de sus recuerdos, la esperanza se le habrá aparecido más tentadora que nunca... Llegar sigilosamente á Portugal, asumir el poder, castigar con mano dura á los enemigos, difundir el terror en la atmósfera del país, y todo con plena lucidez, como qu en renueve cosas, indiferente como el egoísmo, imposible como la Naturaleza. El tirano Rosas, depuesto de su categoría por las turbas, reapareció, inopinadamente, en Buenos Aires una noche y se cobró en pocas horas de las humillaciones que antes le infiriera el vencedor. Y sobre los despojos de sus víctimas cimentó de nuevo su poder... ¿Soñaba Juan Franco con un programa de castigos y desquites idéntico?...

Ya no podrá el dictador mantener aquella ilusión. El pueblo, advertido, la malogrará rudamente. Ya no le queda para lo porvenir más que un aliado, capaz de reponerle en su orgullosa prepotencia: la versatilidad de las muchedumbres. Juan Franco no es hombre adocenado á quien se olvida fácilmente. Si no se destaca como estadista en el ámbito político del país que sometió, tiene el relieve que da un gran orgullo individual, y eso ya es algo. La multitud le echará de menos andando el tiempo.

Todas las bondades de Luis XVI no pudieron estorbar el que rodara su cabeza en la guillotina. Todas las ignominias que nos impuso Fernando VII no evitaron que nuestro pueblo le amara con frenesí y le denominara el Deseado. La sensibilidad de las muchedumbres no se congracia más que con quien las maltrata. No me parece, pues, un absurdo que cuando transcurriera el tiempo, Juan Franco encuentre el asentimiento de sus conciudadanos, y que éstos le aclamen de nuevo como dictador. Y entonces, ese Byron de la crueldad, ese orgulloso errante que hoy se esconde por miedo ó por dolor, sabrá desquitarse. Es, por lo menos, hombre de pasiones.

MANUEL BUENO.

EL CENSOR ha quemado en el brasero de su redacción los adjetivos siguientes: honrado, probó, digno y prestigioso.

EL TONTO DEL CIRCO

AMIGO CANTERO: Por si le sirven para EL CENSOR, le incluyo cinco cuartillas bajo el epígrafe «El tonto del circo». Da ellas, si tuviera que responder, responde su amigo, afectísimo, q. l. b. l. m., A. A. Madrid 14-2-98.

Nosotros no sabemos quien es Pedro el de los Palotes; pero él si que sabe quien es don Rodrigo, el espantapájaros radical de voz afeminada y chillona, á quien tanto y tan bien se conoce en esta casa.

De que Pedro el de los Palotes no se engaña, como todavía—¡todavía!—se engañan otros muchos, es una prueba palpable que en su «Chachara» del 12 de Febrero escribe en El Novocastro de Coruña:

Nuestro incógnito compañero dice así: «La Herecilla.—Motejo así á ese señor gordo, un poco calvo, de nariz respingona, cursi en la indumentaria, á quien dicen gracioso y que se llama Rodrigo Soriano.

Este excelente revolucionario, como le ha llamado Azorín con ironía digna de su galana pluma, tiene el prurito de asustar. Su obra parlamentaria es un susto. Jamás acusa con argumentación sólida ni demerista del pueblo español; merecería un vértigo entusiasta de ser Soriano, esto es, el bú, el coco del que ya no se asusta nadie, no el tundidor de pringados y encarnecedor de carcomidos.

Se ha vuelto á pensar de actualidad con el recuento que obligó á hacer la otra tarde en el Congreso de los Diputados asistentes al comienzo de la sesión.

Tras de obligar á que ésta fuese suspendida por falta de elementos de asiento y boca, manifestó que todas las tardes realizaré esta útil tarea tan benéfica para la patria.

Al día siguiente, en efecto, abucé el ala para Valencia á decir cuatro vulgaridades y anunciar en su periódico que las pócimas del doctor Garrido.

Es esto serio? El recuento de los diputados es ofrenda algo pueril á la curiosidad estadística, y por lo tanto poco merecedora de que aliente en los escaños del Congreso. Pero si al fin se determinó el exfolio radical á meterse en tal faena, debió permanecer en su puesto para lograr el triunfo de su hazaña.

Por fortuna, este ya gordiflón joven republicano

—¿Cómo?—preguntó éste.  
—Dándole a usted lo que quiera a cambio de que *Don Quijote* deje de publicarse.  
—¿500 pesos?  
—He aquí un cheque de ese valor contra el Banco Nacional.  
Sojo aceptó el cheque... y a los dos días apareció en *Don Quijote* el facsímil fotográfico del precioso documento, con su historia y el anuncio de que la cantidad sería entregada a los establecimientos benéficos.  
Juárez Celma fué destronado poco después, y el pueblo arrancó a Sojo de su casa para pasearle en triunfo por las calles de la capital.  
Allí también volvió a reinar la calma, y Sojo tornó a España; aquí se afincó. Pero nostálgico del movimiento, trató de encender de nuevo con su pluma y con sus lápiz las antiguas batallas. Cuando se convencía de la inutilidad del esfuerzo tornaba a América, de donde luego le arrojaba una nueva desilusión.  
Al cabo decidió quedarse en la Patria, y abandonando la política dedicarse por completo a la pintura. Fué su última pasión. La crueldad de los dolores que martirizaban su cuerpo no fué suficiente a quebrantar la energía de aquel enamorado del trabajo, que trabajó hasta el último momento.  
La sana alegría de su espíritu fuerte se rebeló contra los mandatos de su naturaleza vencida, y hace muy pocos días, cuando perdido ya el habla le anunciaron los médicos su próximo fin, aún tuvo fuerzas para trazar en fáciles versos, de una jocosidad que daba pena, su testamento político, que publicó nuestro querido colega *El País*.  
Sojo, que ha podido adornar la vanidad de su lápida fúnebre con otros títulos, ha ordenado que en ella sólo se estampen éstos:  
«Periodista y cantonal.»  
¡Descanse en paz!

ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN.

**EL CENSOR no tiene amigos, ni partido, ni Dios, ni patria, ni hogar. Somos libres como el viento, rebeldes como el diablo y decididos como Concejales.**

## Hampa y Policía.

En el próximo número publicaremos una amplia y detallada información de la vida pícarosa en Madrid.

Ladrones, peristas, jugadores, celestinas y polizontes, han dado material abundantísimo a nuestro compañero *Pucheta* para poner al descubierto los misterios y secretos de esta corte de los milagros.

*Hampa y policía* ha de causar verdadera sensación en el público, y muy especialmente, en los centros policíacos.

Algo pudiéramos anticipar a nuestros lectores, pero no queremos desplazar el trabajo de *Pucheta*. Los que el domingo próximo lean *EL CENSOR*, no quedarán defraudados.

Y ni una palabra más.

**Nuestros compañeros usan carnet con la fotografía del interesado y la firma y sello del director.**

**Mucho ojo con los falsos «Censores».**

## Lectura dominical.

### Los cachivaches de antaño

#### CONJUROS Y EXORCISMOS

(Continuación.)

Tenga paciencia también el lector que se hubiese interesado por saber las cosas importantes que a la brujería se refieren, y no tema por el decoro de la sociedad, la Iglesia y las potestades, pues cumplieron perfectamente con sus deberes religiosos, como lo prueba la existencia de nuestros quemaderos, que si no lograron arraigar la fe, consiguieron a lo menos sembrar un saludable terror y dotarnos de aquel decoro a la divinidad que se revela en los libros de juegos de manos y secretos de naturaleza, que terminan todos diciendo: *Laus Deo*.

Volvamos a la materia.  
En esta gran materia de conjuros y exorcismos, el caso más notable y digno de recordación fué el de Carlos II de España, de aquel rey que tiene aún levantada una estatua en Madrid, donde Cristóbal Colón también aún no la tiene.

Narremos el caso de prisa.  
Precisamente entonces había como h-y varios príncipes que aspiraban a ocupar el trono de España (1), previendo que muy en breve lo había de dejar vacante el monarca, tan quebrantado de salud corporal como de ánimo y entendimiento.

A ese rey, esclavo primero de sus pasiones, y muertas éstas, esclavo de su madre, de sus confesores y de todo género de superstición, se le dice en un libro impreso en 1680:

«V. M. ha ennoblecido de nuevo a sus españoles con el lustre y la dignidad de ser vasallos del más religioso rey.»

Se le llama en dicho libro «protector de la Iglesia, columna de la fe y capitán general de la milicia de Dios y el mayor rey de la tierra.»  
Se le califica de Júpiter cristiano y se le promete que como siga consintiendo que se quemen herejes en sus reinos, se engrandecerán las victorias, le coronarán sus triunfos, le ilustrarán las las glorias y le eternizarán los siglos.»

Supongo que poco más ó menos, lo mismo se dirá de nuestro futuro soberano «que de allí ha de venir», como dice el símbolo de los apóstoles y el de los monárquicos españoles.

Pero volvamos a don Carlos.  
Entre el Padre Froilán Díaz, confesor suyo, y el cardenal Portocarrero, y el corregidor de Madrid don Francisco Ronquillo, y el secretario de Estado don Antonio Ulloa, persuadieron al rey de que tenía los demonios en el cuerpo.

El rey, que era muy cristiano, lo creyó como de su obligación.

Años antes había habido una ruidosa causa, por haberse dicho que el conde duque de Olivares había hechizado a Felipe IV, y aun con respecto al mismo Carlos II, el Consejo de la Inquisición había practicado anteriormente varias diligencias en averiguación de si estaría ó no hechizado; pero de aquellas diligencias no se había obtenido fruto alguno.

Pero como andando los tiempos se renovó aquella idea, el rey, cristiano siempre, se llenó de nuevos temores.

Un día el padre Froilán se encontró con un religioso dominico que vivía en Asturias y se hallaba de paso en la corte.

Empezaron, como era natural, por abrazarse y tomar chocolate, y dijo el dominico:

«Tengo, padre Froilán, allá en Cangas de Tineo, tres religiosas...»

«¿Tres nada más?»

«Iba a concluir. Tres religiosas espiritadas.»

«Hombre, me convienen!»

«Espiritadas y todo?»

«No seas maligno. Me convienen porque temo que le hayan dado hechizos al rey nuestro señor, y si esas espiritadas hacen revelaciones, como es propio de la gente que se halla en estado semejante, y entre sus revelaciones, incluye alguna que se refiera a la salud de nuestro augusto soberano...»

«Pero... ¿habláis de veras, Padre?»

«¡Pátil!... Silencio, indiscreto.»

«Entiendo. Pues, señor... preguntaré a las espiritadas. ¿Sabéis, ahora que lo recuerdo, que me convendría dejar a Asturias y establecerme en la corte?»

«Lo creo.»

«¿Y no hallarías medio?»

«¿Eh?»

«Digo que si acaso con vuestro influjo podríais...»

«Ps... veremos... Quizá... más adelante...»

Preguntad a vuestras espiritadas y escribidme lo que os digan.

Reflexión que hizo el dominico: ¿Conque «veremos... quizá... más adelante»? Pues veremos, quizá y más adelante.

Carta del dominico:

«M. R. P.

Las espiritadas son maliciosas como ellas solas, A todo lo que les pregunto me responden: «Veremos... quizá... más adelante.»

\*\*\*

El padre Froilán, corregido y enmendado, repitió la pregunta al dominico de Cangas, y la acompañó de muestras inequívocas de afecto a su dominicana persona, y al cabo de cierto tiempo el demonio que moraba en las monjas se hizo más comunicativo, y por boca de ellas dió algunas explicaciones, aunque no del todo satisfactorias.

Quiso la casualidad, ó quiso el cielo, que en una iglesia de Alemania, dedicada a Santa Sofía, hubo que exorcizar por entonces a unas energúmenas, ó sease endemoniadas, y el obispo de Viena, por conducto del emperador Leopoldo, que también por casualidad aspiraba a heredar el trono de España, remitió a Madrid lo que aquellos malignos espíritus habían revelado, lo cual estaba perfectamente de acuerdo con lo dicho por las monjas de Asturias, prueba de que el Demonio, en aquella sazón, no quería ó no podía engañar a nadie.

El rey se quedó un poco aliviado, pero perplejo, porque veía que si influjo tenían con el Demonio las favorecedoras de las pretensiones francesas, influjo tenían también los que apoyaban las alemanas, y no sabía a quiénes mostrarse más agradecido.

Pero acertemos pormenores.  
Lo cierto es que hubo cambio de secretarías y de servidumbre en Palacio, disputas de camarillas, destierro del confesor y enojo grave de la reina madre y proyecto de desterrarla; en resumen: todas aquellas cosas que en nuestros días se han repetido mandando los hombres de orden. Porque es de recordar que en aquel tiempo no hubo más que gobiernos de orden.

Entretanto el pobre rey padecía unos escrúpulos... pero unos escrúpulos que parecen incompatibles con la presencia hipostática de Pateta en el cuerpo.

Dicen las historias:  
«Y el rey hubo de comunicar con su eminencia (el cardenal Portocarrero) las culpas de su pecho y los enojosos escrúpulos que sobre puntos diversos le acongojaban.»

Y en una confabulación palaciega, donde se meditó un golpe de Estado, decía don Sebastian de Cotes a Portocarrero:

«El primer remedio que a S. M. debe en mi concepto aplicarse, es el que ha menester para desenterrar sus escrúpulos.»

Y a poco rato añadía:  
«Dese mañana mismo nuevo confesor, que tome posesión de la conciencia del rey antes que éste lo piense ni imagine.»

Y añade otra historia:  
«Con que el rey se determinó a declarar a su madre que en breve iba a llegar un nuevo confesor, pues el que había tenido hasta entonces le guardaba demasiadas consideraciones, y así podía acallar «sus escrúpulos.»

Y a todo esto se iba poniendo cada día más malita la sacra, católica, real magestad. que así se le llamaba.

Su real cámara era todo menjerges, pócinas y ungüentos; aquella imagen de Dios se iba descascarando, carcomiendo, agrietando y endemoniando.

No le quedaba bueno nada sino un santo temor de Dios. Corría ya entre el vulgo el temor de que el rey estaba hechizado, y los chisperos se lo decían al oído a los chisperos, y los matarifes a los matarifes, y los clérigos a los clérigos.

Poco a poco notó el rey que le miraban de reojo, quizá que cuchicheaban cerca de él con disimulo (que sobre esto no he hallado datos en historia alguna), y por último, tan malo se sintió de cuerpo y espíritu, que mandó llamar al inquisidor general y le comunicó sus sospechas.

Reunieronse médicos, hombres políticos, grandes de España é inquisidores, trataron el asunto maduramente, y después de una consulta en que campearon la ciencia y la discreción y el buen juicio, resolvieron de común acuerdo encomendar el rey a Dios.

Después de esto, se preguntó a una endemoniada por el asunto de la enfermedad del rey, y el Demonio, aunque Demonio, juró por Dios que el rey estaba hechizado y que el hechizo se lo habían dado en bebida a la edad de catorce años.

Este triunfo animó a los fieles vasallos y servidores de Cangas de Tineo, declaró lo que vamos a copiar, tomándolo del proceso c-lebre a que dieron motivo los no menos célebres hechizos de Carlos II.

Era el 9 de Septiembre de 1698.  
El Vicario de las monjas cogió a una de ellas, la conjuró con todo el vigor que el caso requería, hizo prestar juramento al Demonio, y sostuvo con él el diálogo siguiente:

Vicario.—¿En qué se ha dado hechizo al rey?

Demonio.—En chocolate, en 3 de Abril de 1675.

Vicario.—¿De qué se confecionó?

Demonio.—De miembros de un hombre muerto.

Vicario.—¿Cómo?

Demonio.—De los sesos de la cabeza para quitarle la salud, y de los riñones para corromperle el semen é impedirle la generación.

Vicario.—¿Hay original fuera ó señal exterior que se pueda quemar?

Demonio.—No, por el Dios que te crió a tí y a mí.

Vicario.—¿Qué persona fué, hembra ó varón?

Demonio.—Está ya juzgada.

Vicario.—¿A qué fin?

Demonio.—A fin de re'nar.

Vicario.—¿En qué tiempo fué?

Demonio.—En tiempo de don Juan de Austria.

¿quien sacaron de esta vida con los mismos hechizos, pero más fuertes, que le acabaron tan presto.

Esto y todo lo demás que el Demonio dijo, fué comunicado al inquisidor general y al conesor, los cuales no se cansaban de mandar hacer preguntas al Demonio, que seguía domiciliado en el cuerpo de la religiosa de Cangas.

Al fin declaró que quien había dado los primeros hechizos al rey era una mujer que se llamaba Casilda y que el intermediario había sido Valenzuela, amante de la reina madre. También declaró el Demonio que los hechizos de la segunda vez los había hecho otra mujer llamada María, habitante en la calle Mayor de Madrid.

La correspondencia entre los que rodeaban al rey y el vicario de Cangas, era sostenida con una actividad digna de la causa del rey y de la del Diabolo.

Los exorcismos eran frequentísimos en el convento de Asturias, y debemos hacer justicia al Demonio, por muy enemigo nuestro que sea; en aquel suceso dió algunas pruebas de buen cristiano, haciendo revelaciones de grave importancia.

Se resistió, es verdad, porque al fin y al cabo había sido militar, y tenía algo del pundonor de la clase; pero sin duda, recordando que era hechura de Dios y que el rey era su imagen en la tierra, hizo revelaciones útiles, que supongo debe constar debidamente legalizadas en su hoja de servicios, como circunstancias atenuantes para en su día.

El Demonio, pues, declaró que los médicos eran falsos y desleales al rey; y fué tomada en cuenta su declaración de tal manera, que habiendo ido Su Magestad el señor don Carlos II a Alcalá y a Toledo, en donde visitó el verdadero cuerpo de San Diego y el retablo de la Virgen del Sagrario, se le puso en manos de otro médico, de quien el Demonio no tuviese nada que decir.

Declaró también que la primera persona que había hechizado al rey se llamaba Casilda López, y más adelante, habiéndole conjurado en nombre de Dios y de San Simón, dijo que él cantaría de plano, pero que había de ser en la iglesia de Atocha de Madrid y que el exorcista fuese el mismo vicario que le conjuraba en Cangas.

En particular de que el exorcismo se verificase en Atocha bajo la dirección exclusiva del vicario, insistió mucho el Demonio, y el desinteresado vicario transcribía puntualmente sus palabras y las enviaba a la corte de Madrid, cuyos más encumbrados personajes tenían todos los sentidos puestos en el negocio de los hechizos del rey, de lo cual esperaban mucho así en la tierra como en el cielo.

Estas curiosas correspondencias se interrumpieron en el mes de Junio de 1699, en que Dios fué servido de llamar a su seno al inquisidor Roberti; no se sabe con qué objeto.

Pero esto no era motivo para que cesaran los discursos y conferencias sobre la grave y peligrosa materia.

El padre fray Mauro Tenda era una especie de exorcista de cámara de Su Magestad y le conjuraba en su gabinete particular.

El pobre rey apenas podía con su augusta calavera.

Debía aceite y otras purgas, lo cual debiera haberle aliviado mucho su alma; rezaba solícito el rosario, operación que tanto hacia engordar a los frailes, y a él parecía enflaquecer más y más; asistía a las procesiones y a las corridas de toros; pero lo dicho, no se aliviaba.

Un día penetró de improviso en palacio una mujer endemoniada, hizo con universal asombro mil aspavientos y leoras, propias, si no para hacer perder el alma, a lo menos para acabar con la paciencia de los circustantes, y hubo que echarla de allí por instantánea y laboradora.

Pero se mandó averiguar su casa, y de orden del rey fué fray Mauro a exorcizarla; prueba de la piedad de los monarcas, que consienten que de un alma plebeya arrojen los demonios los mismos que cuidan de arrojarnos de las almas regias.

El religioso alemán se encontró con que aquella mujer vivía con otras dos, igualmente endemoniadas, y comenzó a trabajar en sus conjuros con cargo al presupuesto de la casa real, que lo cobraba de la endemoniada España.

Lo más importante que reveló el Demonio, cediendo a la fuerza de aquellos conjuros, fué lo siguiente:

Fray Mauro.—¿Quién hechizó a Su Magestad?

Demonio.—Una mujer bella.

Fray Mauro.—¿La reina?

Demonio.—Sí.

Fray Mauro.—¿Quién proporcionó el maleficio ó hechizo a la reina?

Demonio.—Don Juan Palia.

Fray Mauro.—¿De qué nación es?

Demonio.—De los allegados a la reina.

Fray Mauro.—¿En qué se le dió el maleficio?

Demonio.—En un polvo de tabaco.

Fray Mauro.—¿Ha quedado más?

Demonio.—Sí; está guardado en un escritorio.

Fray Mauro.—¿Qué reina le dió a S. M. los hechizos?

Demonio.—La que murió.

Fray Mauro.—¿Hay más maleficio del que dijiste esta mañana?

Demonio.—Sí.

Fray Mauro.—¿Quién lo hizo?

Demonio.—Una mujer.

Fray Mauro.—¿Cómo se llama?

Demonio.—María de la Presentación.

Fray Mauro.—¿En donde vive?

Demonio.—En esta misma casa, piso alto.

Fray Mauro.—¿Quién le mandó a esa mujer que hiciera el maleficio?

Demonio.—Doña Antonia de la Paz.

Fray Mauro.—¿Lo que se sacó del umbral de la casa de la calle de Silva, ¿era maleficio?

Demonio.—Sí.

Fray Mauro.—¿De qué se componía?

Demonio.—De un hueso de perro.

Fray Mauro.—¿Cuántos años hace que se puso el maleficio en la calle de Silva? ¿Quién lo puso?

Demonio.—Antonio Cabezas.

Fray Mauro.—¿En donde está?

Demonio.—En Berbería.

\*\*\*

¿Cómo! El Diabolo, que antes había sido exacto como un libro de partida doble, revelando lo mismo en Alemania que en Cangas, ¡ahora se contradice!

¡Era cosa de mandar el Diabolo al Diabolo! Desgraciadamente, el Diabolo es de aquellas cosas que aunque se tengan no se pueden dar, y sucedía entonces que en vez de dar diablos a nadie, valía más pensar en librarse de ellos, pues día revuelta andaban las cosas, que toda la corte estaba en potencia propinqua de endiablamiento.

Entró de inquisidor nuevo, a despecho de la reina, el cardenal Córdova.

Conviniere advertir aquí que la Iglesia católica siempre ha sido tolerante, pia y caritativa, y no ha tomado parte alguna en los rigores inevitables a que apeló el Santo Oficio.

Cierto que las Inquisiciones necesitaban bula del Pontífice para establecerse; cierto que para ser inquisidor se necesitaba indispensablemente bula del Pontífice; cierto que la Inquisición es gloria de Santo Domingo; cierto que los inquisidores fueron obispos, arzobispos, cardenales ó frailes eminentes como Torquemada, ó jesuitas como Nithard; cierto que era gente de la Iglesia católica la que examinaba, juzgaba, fallaba, y llevaba todo el peso de las tareas inquisitoriales; pero la Iglesia, lo que entendemos por Iglesia, la verdadera Iglesia, no se mezcló para nada en aquellos negocios.

Y aun los mencionados eclesiásticos, lo que hacían era inquirir, averiguar, poner en claro los

pecados; pero cuando después de la prisión y el tormento confesaba y estaba ya en buena disposición para la quema, los piadosos eclesiásticos lo entregaban al brazo sezar para el oportuno achicharramiento y se iban a rezar por su alma.

Decía, pues, que a despecho de la reina entró el nuevo inquisidor Córdova, y fué a despecho suyo, porque aquella femenil imagen de Dios había querido que fuese nombrado otro que metiera en la Inquisición al padre Froilán, de quien sospechaba que hubiese inventado contra ella ciertas frases que se achacaban al Demonio.

El rey habló de sus hechizos al cardenal; el cardenal habló al rey de sus hechizos; el rey vertió llanto; el cardenal derramó lágrimas; el rey le dijo que fiaba en él y en el cielo; el inquisidor le replicó que en él y en el cielo fiase, y se despidieron, prometiendo que el uno rezaría por el otro, mientras el otro rezase por el uno.

Sin duda debió de verificarse así; pero como sin duda rezaron en voz baja, como personas bien criadas, la historia, que tan puntual ha sido siempre en narrar los hechos todos de los monarcas, no trae individualizado este punto.

Claro está que a más de las oraciones se aplicaba al desvenecijado monarca lo más escogido de la medicina de entonces, así en lo corporal como en lo espiritual.

Iba Su Magestad devotamente empergillado de rosarios, medallas bendecidas así el expresamente en Roma, hueseitos de santo en ahiligranados relicarios; amuletos eficacísimos de lenguas tierras traídas, paños de vestimentas que pertenecieran a varones santos y escapularios restregados por el mismísimo cuerpo incorrupto de un mártir de la fe católica.

Esto en cuanto a lo exterior.

En cuanto a lo interior, se había un azumbre de aceite como si tal cosa, y no hubo purga acerca de él desechase; de manera que no se comprende cómo el Diabolo podía aguantar en aquel cuerpo tan bien asediado y donde difícilmente se podía encontrar silla en que sentarse; porque se averiguó que las purgas y los vomitivos hacían en Su Magestad el mismo efecto que en la gente vulgar y plebeya.

Murió el flamante inquisidor Córdova, y con el pesar que de ello recibió el rey, pareció más poseído que nunca del Demonio, y la reina comenzó a hacer diabluras, para que la plaza vacante fuese dada al obispo de Segovia, y lo consiguió fácilmente.

La reina prometió al obispo que si se portaba bien con ella, ella por su parte haría lo posible por alcanzarle el capelo.

Y no se lo dijo al sordo ni al perezoso; pues a muy poco se prendió al fraile Mauro, tenido por embustero, por cuyo motivo fué desterrado.

Después de este fracaso del exorcista, sucedió el del padre Froilán, que también fué acusado por la Inquisición; y como él sabía que la Inquisición, inspirada del cielo, solía ver horrendos delitos donde los mundanos no veían ni cerdos ni estacas, se largó a Roma, donde contaba tener valedores.

Y en Roma le prendió muy bonitamente el duque de Uceda, y en el primer barco que halló a mano se le devolvió al inquisidor, para que hiciese de él lo que mejor le pareciese.

Los compañeros del inquisidor, que no habían recibido promesa alguna de hacerles cardenales, no tenían tanto empeño como el en dar gusto a la reina y disgustos a Froilán, por lo cual se mostraron poco propicios a secundar las miras de su presidente.

Pero lo hicieron así a las diez y media, y al cabo de una hora ya se había dado orden de prenderles.

Porque eso sí, entonces se procedía en justicia con todo el mundo.

Nómbrese a otros individuos para que en el Consejo de la Inquisición ocupasen las plazas de los presos y no quisieron aceptarlas.

Y dice un historiador de aquella época:  
«Con que todos aquellos que no estaban teñidos de la venganza de la reina, del odio de los frailes ó de la pasión de los parientes y domésticos del señor inquisidor general, censuraban estas prisiones por atropelladas é injustas; al paso que los referidos contrarios vocaban que Froilán era hereje, los inquisidores de la Suprema inobedientes a su jefe, y también cismáticos, pues también defendían a quien había practicado una doctrina herética, y que el secretario era un farsante.»

Ello fué que se escandalizaba en palacio; se regañaba enfurecidamente en el Consejo; se prendió a diestro y siniestro; se murmuraba entre el vulgo, y a todo esto el Demonio recibía cada mañana un chaparrón de aceite bendito que engullía S. M. y S. M. se iba quedando en los regios huesos.

En suma, los consejeros fueron condenados y encerrados celularmente; pero el Consejo de Castilla acudió al rey contra el inquisidor general, que se volvía tarumba, salvo las sagradas órdenes; los dominicos representaron también en pro de Froilán Díaz, que era de los suyos; el generalismo de la orden envió desde Roma a un famoso catalán que revolvió la corte, y a todo esto...

Pero a todo esto el rey ya había arrojado, no solamente los demonios, sino el alma. ¡Pero cómo!

El había vivido mal; pero se había ido muriendo muy por su orden y paulatinamente, de manera que en el último hábito apenas exhaló cosa viva alguna.

Los exorcismos verificados en la iglesia de Atocha le habían ido quitando tanta parte del demonio como de existencia, y aún está en opiniones si fué en él primero el morir que el desendiablarse ó viceversa.

Los autores todos, así sagrados como profanos, convienen en que el exorcista se portó como un atleta en los conjuros.

En el suntuoso templo, lleno de majestad y pompa, ardiendo en luminarias y exornado al uso, postrado el rey pusilánime, colgándole por todas partes los consagrados trebejos, de rodillas, lleno por dentro de aceite crudo y bendito y de jalapa de superior calidad; trémulo, pálido, ajeroso, apenas se atrevía a levantar los ojos al arremangado fraile de cuadrada cabeza, que esgrimiendo hisopo y lengua con rugiente voz y desembarazado movimiento de brazos, rociaba sin descanso a diestro y siniestro, y le decía al Demonio tales cosas que se habría ido en el acto para no volver más a aquel sitio.

Sudaba el fornido padre y echaba el agosto quilo el señor don Carlos II, y aterrado, convulso y en total derrengamiento, venía al suelo con Demonio y todo.

El infeliz monarca, sentía aquellos ruidos interiores que los labradores en estado de gracia suelen sentir en ayunas; pero no tenía el consuelo de atribuir a la dieta consuetudinaria lo que era efecto de la posesión maligna.

## Capitalistas

VENTA DE FINCAS  
Negocios industriales, minas,  
patentes, etc.

**P. Fernández, Infantas, 34,**

Principal derecha, de 11 á 1 y de 6 á 8.

NO SE ADMITEN CORREDORES

## COSTURERA

Se ofrece para las casas.

Sabe cortar y da lecciones.

Relatores, 10, 12 y 14, en-

tresuelo derecha (interior).

Se hacen bolsas de confetti

## TUBERCULOSIS

La tuberculosis es curable valiéndose de procedimientos físicos; pero nunca se cura con creosotas ni específicos, que enferman del estómago, aumentando los males que afligen á estos enfermos, para quienes la buena alimentación es importante. Las inhalaciones de ozono, el baño de luz y las efluvaciones estáticas solas ó combinadas con los Rayos X, son los únicos medios que garantizan la curación de la tuberculosis. En muy pocos días desaparece la fiebre, tos, disnea, etc.; renace el apetito y vuelven las fuerzas. Dejar morir á un tuberculoso sin ensayar estos medios, es inhumano. Estos procedimientos se administran en el establecimiento del

**Doctor Díaz de la Quintana, Huertas, 15.**

Consulta: de 9 á 12 y de 3 á 6. Este Establecimiento cuenta con personal y aparatos para administrar los tratamientos en el domicilio de los enfermos.

## EL CENSOR PERIÓDICO RADICAL

Serrano, 112, 2.º

AÑO VI DE PUBLICACION

APARECE LOS DOMINGOS

Número suelto... 0,05 cénts.  
25 ejemplares... 0,75 id.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid... 1 peseta trimestre.  
Provincias... 3 id. semestre.  
Extranjero... 10 francos año.

Anuncios, reclamos y comunicados á precios convencionales.

## LA COSMOPOLITA

Contra seguros de todas clases, Créditos, Hipotecas, Comisiones, Representaciones, compra-venta y administración de fincas, pagando desahucios y anticipando alquileres, Consultorio Jurídico administrativo, Traspaso de comercios é industrias, informaciones comerciales, Poderes, Documentación, Testamentarias. Abintestatos, Divorcios, publicidad en todos los periódicos del mundo, artículos, noticias, y "bombos,,.

Para informes detallados dirigirse al gente Ageneral de LA COSMOPOLITA.

**Apartado de Correos, núm. 438.**

MADRID

UNICA PRIMERA EN MADRID

**46** Agencia Fúnebre Militar **46**  
DE  
Manuel López de las Heras.

Esta casa, clasificada por el gremio como la única primera en Madrid, tiene el servicio de coches modernos, que tanta aceptación tiene por el público, inaugurado con material completamente nuevo en 1.º de Noviembre de 1907.

Claudio Coello, 46.-Marca registrada

LA PRIMERA CON ESTA MARCA DE 1893

Anuncios Telegráficos.

Casas recomendadas.

Correspondencia amorosa.

Claves comerciales.

Estos anuncios, que aparecerán en EL CENSOR en el número próximo, se reciben en la imprenta y Administración del periódico hasta las siete de la tarde del viernes.

PRECIO NETO: 0,25 centímetro cuadrado.

### Aviso al público.

Con motivo de haber terminado el balance, se han reducido los precios de las numerosísimas existencias en muebles y objetos decorativos del

**Emporio de Ventas, Leganitos, 35**

quien invita á su distinguida clientela á que visite sus nuevos salones de exposición, que, como ellos, no existen en algunas de las principales ciudades de Europa.

Este poderoso establecimiento, por efecto de vender á precios fijos y económicos, ha conseguido captarse la confianza del público de Madrid igual que del de provincias, honrándonos con servirlos de cuanto necesitan si se van á casar, tanto de lo usado como de lo recién salido de los talleres, que ofrecemos con igual confianza. En las continuas remesas que hacemos á provincias, nuestros embalajes son esmeradísimos. Ahora la exposición presenta nuevos motivos para justificadas alabanzas. Hay guardamuebles. Teléfono 1.912.

GRAN SALON

DE

**PELUQUERIA**

DE

**Santiago Carmona.**

Barquillo, 31, principal.

## MATIAS LOPEZ

Colección de todas las monedas de oro del mundo en los  
**CARAMELOS MONETARIOS**

Cafés tostados, chocolates, dulces, caramelos, bombones, almendras, tapiocas, canelas y tés.

**MADRID-ESCORIAL.--DEPOSITO, MONTERA, 25**

Pedid en todo el mundo las **Aguas de Carabaña**

Purgantes, depurativas, antibiliosas, antiherpéticas, antiescrofulosas y antisépticas

**Gran depurativo.**

**Unica en el consumo.**

Venta: Farmacias y Droguerías.